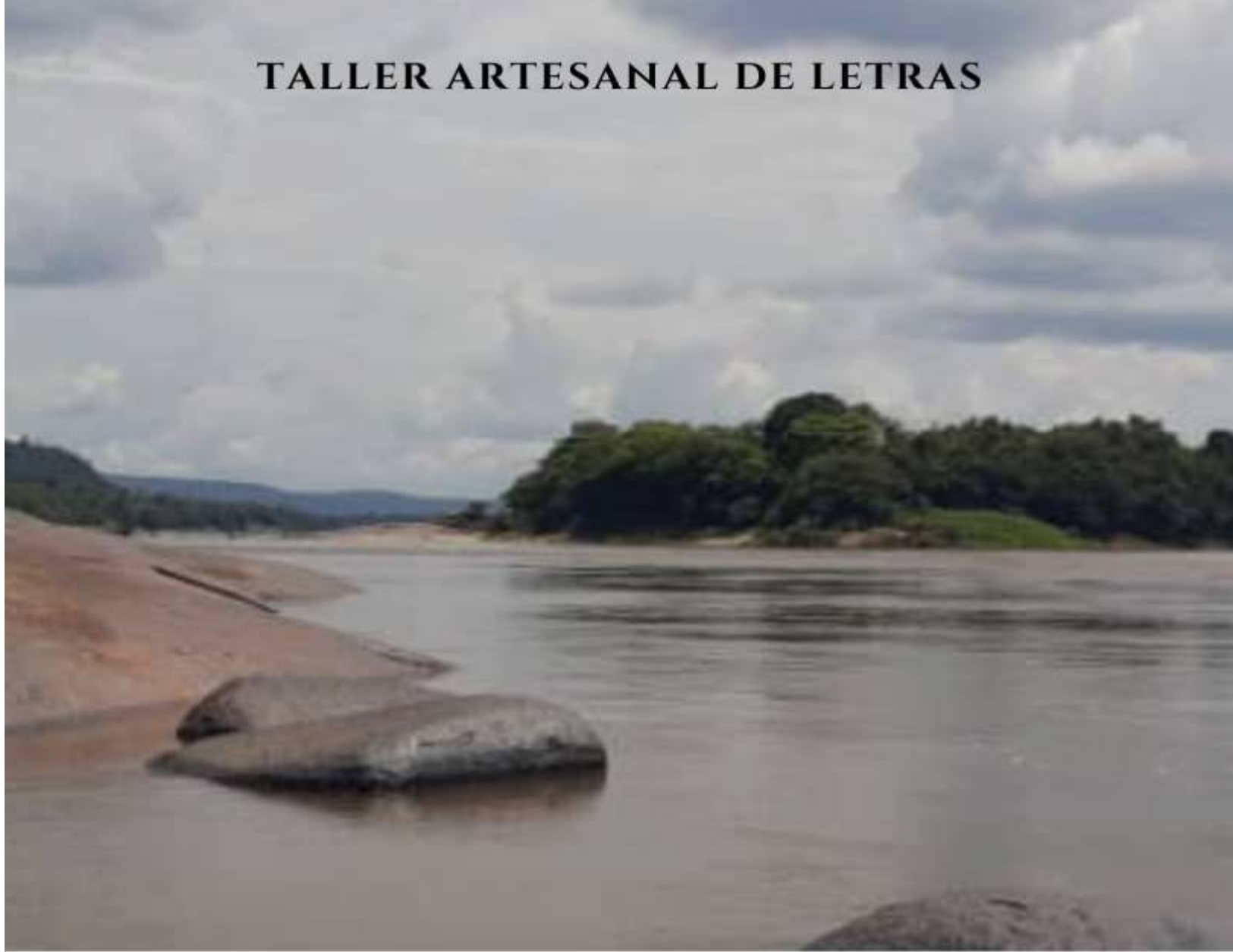


TALLER ARTESANAL DE LETRAS



EL OCTAVO PASAJERO

*En búsqueda de la palabra secreta en Doña
Bárbara de Rómulo Gallegos*

DIÓGENES ENRIQUE ÁLVAREZ

Portada diseñada en Canva
Fotografía: Ribera Río Orinoco (Circa 2021)
Fotógrafo: Mario Ángel Falchi Blanco

Primera edición. Año 2021
Editor. Diógenes Enrique Álvarez
Depósito legal: GU2021000007
ISBN: 978-980-18-1883-0



Dedicatoria

**Para Aurelia Navarro,
Ninfa del Matiyure**

EL OCTAVO PASAJERO

**En búsqueda de la palabra secreta en Doña Bárbara de
Rómulo Gallegos**

Diógenes Enrique Alvarez

**Con nota de presentación de:
Omar Gonzalo Maluenga Torrealba**

Abril de 2021

Contenido

Dedicatoria	2
Nota de presentación.....	1
Introducción.....	3
Gallegos y sus tiempos	4
Tiempo vital	4
Tiempo Literario.....	5
¿Con quién vamos?.....	6
La devoradora de hombres.....	8
El octavo pasajero.....	10
Primeros dolores del alma.....	12
Sálvame.....	13
La hora menguada.....	14
Fuego maligno	16
Vuelta a la ternura	17
La ultima mudanza.....	18
Fin del propósito	18
Bibliografía.....	20

Nota de presentación

En lo particular, he recorrido un sin número de veces la ruta de Gallegos en el bajo apure, he transitado una parte del río Orinoco hasta sus confluencias con el río Meta. He vivido con intensidad lo que significa la llaneridad. He visto, en San Fernando de Apure, un sinfín de veces, las piraguas, bongos y canoas llegar cargadas de pescados, de arena y los productos de las vegas del Apure.

Y También he visto llegar piraguas como en las que un día –un día cualquiera- se embarcó Asdrúbal en Ciudad Bolívar para cruzarse en el camino de La guaricha. Hoy, no traen bogas ni palanqueros para remontar las aguas río arriba, pero los mueve el infatigable comercio fluvial tal como lo vio Don Rómulo Gallegos.

Por lo tanto, no me es extraño, ni difícil escribir esta nota basada en la obra cumbre de Don Rómulo Gallegos: “Doña Barbará”. Sin lugar a duda es una de las novelas más importante de la literatura Latinoamericana e Iberoamericana, cuya primera publicación data de 1.927.

Para el autor de este ensayo, un guariqueño apasionado por las llanuras apureñas, también ha caminado por las soledades de la llanura y mirado correr las aguas de estos ríos en muchas ocasiones, por lo tanto, La devoradora de hombres y el octavo pasajero motivo de su inspiración, a partir de la lectura del capítulo III de la referida obra literaria, no le es ajeno.

El significado de un octavo pasajero y su pretensión argumentativa en la búsqueda de la palabra secreta en Doña Bárbara en un contexto impregnado de realidad y ficción devuelve la ilusión de la ternura y la inocencia. Y a la vez engendra una fuerza telúrica –destructiva- que determina la condición humana.

El octavo pasajero, Asdrúbal, es un personaje si se quiere irrelevante en la narrativa de Don Rómulo Gallegos. Desaparece físicamente cuando apenas Barbarita contaba con 15 años, sin embargo, es quien marcó en su vida huellas imborrables en el imaginario de Doña Bárbara hasta el fin de su existencia.

Este joven educado, sería el instrumento para enseñar las primeras letras a Barbarita y mostrarle la delgada línea entre civilización y barbarie. También sería quien despertó en esta mestiza, hermosa e inocente un sentimiento de amor efímero, producto del flechazo de Cupido.

Doña Bárbara (ya no más Barbarita), es fruto de la maldad. La confluencia del asesinato de Asdrúbal y la violación por tres tripulantes, hizo que su sangre mestiza se llenara de odio; en un aborrecimiento al varón y su sed de venganza se hizo infinita.

La doña, es el pasado violento, la barbarie en su máxima expresión, mujer indomable, cacica y bruja del Arauca, río de la cuenca del Orinoco, donde el caimán acecha a los pobladores en los llanos del Bajo apure venezolano.

Opuesta a la civilización, su ley no tiene límites en esas llanuras inhóspitas, llenas de creencias y mitos, doblegando voluntades de dueños de hatos, peones, autoridades, domadora de bestias salvajes; esa es Doña Bárbara: “La devoradora de hombres”.

En búsqueda de la palabra secreta en Doña Bárbara, el ensayista busca en su argumentación, la palabra secreta que permita articular sin la mera intención de encubrir contradicciones dialécticas presentes en la novela como: civilización-barbarie, amor-odio, paz-guerra, justicia-injusticia, ciudad-campo, realidad-idealismo.

Omar Gonzalo Maluenga Torrealba
San Fernando de Apure

Introducción

Las pretensiones de este ensayo son modestas, no pueden ser de otra manera. La vitalidad de Gallegos y sus obras ha generado todo tipo de críticas y se han publicado una gran variedad de artículos, ensayos, notas, críticas literarias, aproximaciones, unos con mayor fortuna que otros. Este solo aspira a que alguien lo lea.

En consecuencia, este ensayo se desprende de una lectura sosegada de una de las obras literarias más representativa para comprender la naturaleza de los venezolanos, Doña Bárbara, de nuestro ilustre maestro Don Rómulo Gallegos Freire. Ya no como lectura escolar obligatoria, sino con la mirada puesta en recrear mediante la imaginación lo que pudo mirar nuestro insigne maestro.

Por lo tanto, me ocuparé de dos temas: El tiempo vital y el tiempo literario, entendidos en un contexto epocal en transición para comprender la singularidad de la construcción de un pensamiento en Rómulo Gallegos y por otro lado, para hurgar en los vínculos secretos abordaré la trama galleguiana desde la lectura del capítulo tercero, titulado *La devoradora de hombres*, lo cual se constituye en piedra angular para desarrollar la idea que quedó en mi pensamiento.

La primera argumentación está en descubrir esa palabra o palabras que articulan la ficción con la realidad, pero no solo eso; Gallegos no solo es un maestro literario, sino un maestro dialectico, en cada oposición expuesta hay una palabra secreta. Por ejemplo, Civilización-Barbarie, Justicia-Injusticia, Paz-Guerra, Amor-odio, Ciudad-campo, palabra que servirá de bisagra –esa palabra secreta- para articular una singular cohabitación.

Gallegos y sus tiempos

Tiempo vital¹

Un 2 de agosto del año bisiesto² de 1884, en la ciudad de Santiago de León de Caracas, vio la luz una criatura que días después sería nombrado como **Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire** y un 5 de abril de 1969 se marchó en la misma ciudad que lo vio nacer. 84 años que trascurrieron para dejarnos dicho con un admirable estoicismo, lo que somos, con la pasión de un maestro angustiado por el porvenir de sus discípulos.

Se le ha considerado como el novelista venezolano más relevante del siglo XX, y uno de los más grandes escritores latinoamericanos de todos los tiempos. Refiere el diario El Nacional que después de 50 años, se reveló que entre los elegibles para el premio Nobel de literatura de 1967 estaba Rómulo Gallegos, cuyo nombre figuraba entre otros 70 autores. La lista de nominados al Premio Nobel de Literatura de 1967 se encuentra en la página web de la Academia Sueca.

La misma nota recoge que

El máximo galardón de las letras ese año fue para el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, pero no fueron escasas las nominaciones para las letras hispanas. Otros autores que destacan en el registro son el argentino Jorge Luis Borges, el cubano Alejo Carpentier y el colombiano Germán Pardo García. La nominación de Gallegos fue hecha por el escritor y profesor de historia Lars Gyllensten, quien era miembro de la Academia Sueca, a la cual perteneció desde el año 1966 hasta

¹ Del latín *vitalis*, vital es aquello perteneciente o relativo a la vida o, en otras palabras, a la existencia o la capacidad de nacer, crecer, reproducirse y morir de los seres orgánicos. También puede tratarse de una fuerza interna que permite obrar a aquel que la posee

² 1884 (MDCCCLXXXIV) fue un año bisiesto comenzado en martes según el calendario gregoriano.

2006, y fue presidente del comité de la Fundación Nobel entre 1987 y 1993. (Nacional, 2018)

El tiempo vital de Rómulo Gallegos transcurre desde 1884 hasta 1969 en varias etapas. En 1894 ingresó en el Seminario Metropolitano pero sale obligado por la muerte de su madre el 13 de marzo de 1896 por la necesidad de ayudar a su padre a sostener la familia. Finalmente su padre fallece el 4 de junio de 1912

En 1898 ingresa en el colegio Sucre, donde tiene como maestros a Jesús María Sifontes y a José Manuel Núñez Ponte. Recibe el título de bachiller en 1902 y en ese mismo año se inscribe en la Universidad Central de Venezuela para seguir la carrera de leyes, que abandona en 1905.

En 1906, fue designado jefe de la estación del Ferrocarril Central, en Caracas, hasta el año 1908. El 1 de abril de 1912, tres meses antes del fallecimiento de su padre -4 de junio de 1912- se casó con Teotiste Candelaria Arocha Egui (1895-1950), hija de Rafael Arocha Merchán y de María de Jesús Egui.

Tiempo Literario³

Hay un tiempo literario que abarca desde la primera publicación de sus cuentos, *El Último Patriota*, publicado en *El Cojo Ilustrado*, 15 de enero de 1911. Incluido en *La Doncella* y el *Último Patriota* hasta *Los Inmigrantes*, publicado en *La Novela Semanal*, 9 de septiembre de 1922. Incluido en *La Rebelión* y otros cuentos. Luego, el tiempo de la novelas: *Reinaldo Solar* (1920), *La trepadora* (1925), *Doña Bárbara* (1929), *Cantaclaro*

³El tiempo, en todos sus aspectos, es uno de los elementos importantes en cualquier novela. A diferencia de las artes estáticas, como la fotografía o la pintura, la literatura narra escenas desarrollando acciones a través del tiempo. Para ello creamos el tiempo literario y lo utilizamos a nuestro antojo. Manipulamos los segundos, los días, los años, los siglos, adelantando y atrasando el reloj según nuestra conveniencia.

(1934), Canaima (1935), Pobre negro (1937), El forastero (1942), Sobre la misma tierra (1943), La brizna de paja en el viento (1952).

¿Con quién vamos?

El *incipit*⁴ ¿Con quién vamos?, es la frase con la cual empieza Doña Bárbara, novela del ilustre venezolano Rómulo Gallegos. Quizás sea, la frase que supera el uso de las palabras, pues en el fondo alberga una figura. Una figura que se desplaza de la ficción a la realidad y de lo que aparentemente es real a un mundo ficcionado.

Ahora veamos, los recursos literarios que utilizó Rómulo Gallegos para cautivar al lector:

Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha. Dos bogas lo hacen avanzar mediante una lenta y penosa maniobra de galeotes. Insensibles al tórrido sol, los bronceados cuerpos sudorosos, apenas cubiertos por unos mugrientos pantalones remangados a los muslos, alternativamente afincan en el limo del cauce largas palancas, cuyos cabos superiores sujetan contra los duros cojinetes de los robustos pectorales, y encorvados por el esfuerzo, le dan impulso a la embarcación, pasándosela bajo los pies de proa a popa, con pausados pasos laboriosos, como si marcharan por ella. Y mientras uno viene en silencio, jadeante sobre su pértiga, el otro vuelve al punto de partida reanudando la charla intermitente con que entretienen la recia faena, o entonando, tras un ruidoso respiro de alivio, alguna intencionada copla que aluda a los trabajos que pasa un bonguero, leguas

⁴ Un *incipit* (del latín *incipit*, 'empieza') son las primeras palabras de un texto o documento, pudiendo contener el nombre del autor o detalles sobre su producción. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2014). «*incipit*». Diccionario de la lengua española (23.^a edición). Madrid: Espasa. ISBN 978-84-670-4189-7. Consultado el 1 de mayo de 2017.

y leguas de duras remontadas, a fuerza de palancas o coleándose, a tres, de las ramas de la vegetación ribereña. (Gallegos, 1951, pág. 3)

Entre los recursos de contenido presente en la novela encontramos la descripción física de los dos bogas que hacen avanzar el bongo mediante una lenta y penosa maniobra de galeotes. Esta prosopografía es aún más descriptiva cuando refiere que: Insensibles al tórrido sol, los bronceados cuerpos sudorosos, apenas cubiertos por unos mugrientos pantalones remangados a los muslos, le trasfiere una cualidad extraordinaria.

Atrapado en este incipit, el lector sigue la trama

A bordo van dos pasajeros. Bajo la toldilla, un joven a quien la contextura vigorosa, sin ser atlética, y las facciones enérgicas y expresivas prèstanle gallardía casi altanera. Su aspecto y su indumentaria denuncian al hombre de la ciudad, cuidadoso del buen parecer. Como si en su espíritu combatieran dos sentimientos contrarios acerca de las cosas que lo rodean, a ratos la reposada altivez de su rostro se anima con una expresión de entusiasmo y le brilla la mirada vivaz en la contemplación del paisaje; pero, en seguida, frunce el entrecejo, y la boca se le contrae en un gesto de desaliento. Su compañero de viaje es uno de esos hombres inquietantes, de facciones asiáticas, que hacen pensar en alguna semilla tártara caída en América quién sabe cuándo ni cómo. Un tipo de razas inferiores, crueles y sombrías, completamente diferente del de los pobladores de la llanura. Va tendido fuera de la toldilla, sobre su cobija, y finge dormir; pero ni el patrón ni los palanqueros lo pierden de vista. (Gallegos, 1951, pág. 4)

Este mismo recurso interpone Gallegos para dar cuenta de dos pasajeros, por un lado, un joven de contextura vigorosa, sin ser atlética que delatan a un hombre de ciudad, cuidadoso del buen parecer. Y por otro, su compañero de viaje. La descriptiva da cuenta de uno de esos hombres inquietantes, de facciones asiáticas, completamente diferente a los pobladores de la llanura.

Igualmente da cuenta del retrato como recurso para enaltecer las cualidades físicas o morales de Santos Luzardo

(...) un joven a quien la contextura vigorosa, sin ser atlética, y las facciones enérgicas y expresivas préstanle gallardía casi altanera. Su aspecto y su indumentaria denuncian al hombre de la ciudad, cuidadoso del buen parecer. Como si en su espíritu combatieran dos sentimientos contrarios acerca de las cosas que lo rodean. (Gallegos, 1951, pág. 4)

Finalmente, Rómulo Gallegos introduce la topografía como recurso de contenido para darle cobijo a una realidad-ficción: ¡Ancho llano! ¡Inmensidad bravía! Desiertas praderas sin límites, hondos, muchos y solitarios ríos. ¡Cuán inútil resonaría la demanda de auxilio, al vuelco del coletazo del caimán, en la soledad de aquellos parajes!

La devoradora de hombres

Por otro lado, se trata de recrear en la imaginación del lector –de la mano de Rómulo Gallegos- uno de los temas más apasionantes y complejos de la naturaleza humana: el amor. Y no cualquier amor, sino el primero, tan puro, de tanta belleza emocional y a la vez, tan frágil, tan vulnerable pues está en el umbral de la inocencia.

Nunca antes una historia del primer amor en un mundo agreste escenificado entre la selva y la llanura venezolana ha resultado

de tanta belleza literaria como la imagen que dibuja con palabras Rómulo Gallegos en Doña Bárbara.

Lo hace con dos personajes telúricos: Barbarita y Asdrúbal. El primer personaje, -de hecho antagónico a Santos Luzardo-, y que simboliza la barbarie, ubica su génesis en las entrañas de la selva. Y el segundo, Asdrúbal, fugaz y perenne a la vez en la memoria de Barbarita, cuyo retrato lo dibuja Gallegos diametralmente opuesto a Santos Luzardo.

La trágica guaricha, tal como nombra Gallegos a Barbarita en un primer instante. Una ninfa de aquella selva ignota, misteriosa y dramática. Engendrada por la violencia y la sexualidad en un mundo que las cosas todavía no tenían nombre.

“¡De más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta! De más lejos que más nunca –decían los llaneros del Arauca, para quienes, sin embargo, todo está siempre: «ahí mismito, detrás de aquella mata». De allá vino la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes.” (Gallegos, pág. 23)

Sin embargo, Gallegos introduce un elemento trascendental en el personaje cuando marca la transición de La guaricha a Barbarita: la dota de destellos de conciencia. Y aquí encontramos el germen de lo que sería a la postre Doña Bárbara: rencor y venganza

“En las profundidades de sus tenebrosas memorias, a los primeros destellos de la conciencia, veíase en una piragua⁵ que surcaba los grandes ríos de la selva orinoqueña. Eran seis hombres a bordo, y al capitán⁶ lo llamaba «taita», pero todos –excepto el viejo piloto

⁵ Embarcación larga y estrecha, mayor que la canoa, hecha generalmente de una pieza o con bordas de tabla o cañas. Navega a remo y la usan los aborígenes de América.

⁶ Usualmente en la navegación ribereña -en los ríos de Venezuela- se conoce al capitán como patrón.

Eustaquio- la brutalizaban con idénticas caricias, rudas manotadas, besos que sabían a aguardiente y a chimó”. (Gallegos, 1951, págs. 23-24)

En un contexto dramático y misterioso propio de las tierras vírgenes, ávidas por ocultar sus riquezas, Gallegos retrata una realidad inexorable. Un modo de vida sin escrúpulos marcado por la avaricia, la codicia, la trampa y la violencia

“Piratería disimulada bajo patente de comercio lícito era la industria de aquella embarcación, desde Ciudad Bolívar hasta Río Negro. Salía cargada de barriles de aguardiente y fardos de baratijas, telas y comestibles averiados, y regresaba atestada de sarrapia y balatá. En algunas rancherías les cambiaban a los indios estas ricas especies por aquellas mercancías, limitándose a embaucarlos; pero en otros parajes, los tripulantes saltaban a tierra sólo con sus rifles al hombro, se internaban por los bosques o sabanas de las riberas y cuando volvían a la piragua, la olorosa sarrapia o el negro balatá venían manchados de sangre.” (Gallegos, 1951, pág. 24)

Tal como el primer día de la semana, un octavo pasajero, fue el primer suspiro de Barbarita. Asdrúbal, sería la primera emoción pura e ingenua de Barbarita. Sería el crepúsculo del despertar silencioso de la felicidad efímera.

El octavo pasajero

Gallegos caracteriza al octavo pasajero de la piragua como un joven, -quizás un poco mayor que Barbarita- y además ubica el punto de encuentro con Barbarita que marcaría la primera transformación de la guaricha.

“Una tarde, ya al zarpar de Ciudad Bolívar, se acercó a la embarcación un joven, cara de hambre y ropas de mendigo, (...) Dijo llamarse Asdrúbal, a secas, y propúsole al capitán: -Necesito ir a Manaos y no

tengo para el pasaje. Si usted me hace el favor de llevarme hasta Río Negro, (...) “Insinuante, simpático, con esa simpatía subyugadora del vagabundo inteligente, prodújole buena impresión al capitán y fue enrolado como cocinero, a fin de que descansara Barbarita. Ya el taita empezaba a mimarla: tenía quince años y era preciosa la mestiza.” (Gallegos, 1951, pág. 24)

Como esos chispazos que brotan de los fogones de las rancherías ribereñas, las ocurrencias de Asdrúbal, encendieron una llama desconocida para Barbarita y le mostraba unas sensaciones nuevas y distintas.

“Transcurrieron varias jornadas. En los ratos de descanso y por las noches, en torno a la hoguera encendida en las playas donde arranchaban, Asdrúbal animaba la tertulia con anécdotas divertidas de su existencia andariega. Barbarita se desternillaba de risa; más si él interrumpía su relato, complacido en aquellas frescas y sonoras carcajadas, ella las cortaba en seco y bajaba la vista, estremecido en dulces ahogos el pecho virginal.” (Gallegos, 1951, págs. 24-25)

Una mirada de reojo con ternura para un alma ingenua, sedienta de un gesto, sería el principio y el fin. Un “no me mire así” delató lo que era evidente. Asdrúbal había hecho brotar en los sentimientos de Barbarita uno de los más puro, el amor. Su primer amor, sin embargo, Gallegos introduce otro elemento dentro de las cualidades de Asdrúbal, no solo sería su primer amor, sino su primer maestro.

“Un día le deslizó al oído:

–No me mire así, porque ya mi taita se está poniendo malicioso.”

“En efecto, ya el capitán empezaba a arrepentirse de haber acoplado al joven, cuyos servicios podían resultarle caros, especialmente aquellos, que no se

los había exigido, de enseñar a Barbarita a leer y escribir. Durante estas lecciones, en las cuales Asdrúbal ponía gran empeño, letras que ella hacía llevándole él la mano los acercaban demasiado.”
(Gallegos, 1951, pág. 25)

Primeros dolores del alma

En las antípodas de Santos Luzardo, Gallegos retrata a Asdrúbal dentro de los infortunios de una vida miserable. Sin dudas, Asdrúbal no era un Apolo, era en todo caso un mar de desdichas, sin embargo, lo dota de un instinto de superación y de un hambre de porvenir. Lo dota de sueños.

Una tarde, concluidas las lecciones, comenzó a referirle Asdrúbal la parte dolorosa de su historia: la tiranía de padrastro, que lo obligó a abandonar el hogar materno, las aventuras tristes, el errar sin rumbo, el hambre y el desamparo, el duro trabajo de las minas del Yuruari, la lucha con la muerte en el camastro de un hospital. Finalmente, le habló de sus planes: iba a Manaos en busca de la fortuna, ya estaba cansado de la vida errante, renunciaría a ella, se consagraría al trabajo.

Iba a decir algo más; pero de pronto se detuvo y se quedó mirando el río que se deslizaba en silencio frente a ellos, a través de un dramático paisaje de riberas boscosas.

Ella comprendió que no tenía en los planes del joven el sitio que se imaginara y los hermosos ojos se le cuajaron de lágrimas. Permanecieron así largo rato. ¡Nunca se le olvidaría aquella tarde! Lejos, en el profundo silencio, se oía el bronco mugido de los raudales Atures. (Gallegos, 1951, pág. 25)

Una vez que Cupido había hecho su trabajo y Barbarita sintió el vaho de la desesperanza cual maldición, Asdrúbal asumió el papel de mensajero fatídico

“De pronto, Asdrúbal la miró a los ojos y preguntó:

– ¿Sabes lo que piensa hacer contigo el capitán?

Estremecida al golpe subitáneo de una horrible intuición, exclamó:

– ¡Mi taita!

–No merece que lo llames así. Piensa venderte al turco.

“Referíase a un sirio sádico y leproso enriquecido en la explotación del balate (...)De conversaciones de los tripulantes de la piragua sorprendidas por Asdrúbal, había descubierto éste que en el viaje anterior aquel Moloch de la selva cauchera había ofrecido veinte onzas por Barbarita, y que si no se llevó a cabo la venta, fue porque el capitán aspiraba a mayor precio, (...)pues en unos meses la muchacha se había convertido en una mujer perturbadora.(...)Pero al enamorarse de Asdrúbal se le había despertado el alma sepultada, y las palabras que acababa de oír se la estremecieron de horror.” (Gallegos, 1951, págs. 25-26)

Sálvame

La pluma de Gallegos coloca en voz de Barbarita la súplica trascendental de librarla de su aciago destino. Pero ya las cartas estaban marcadas, en instantes ya ni el propio Asdrúbal podía detener la marcha de la rueda fatídica que truncaría sus planes. La mirada de súplica de Barbarita y el guiño del ojo de Asdrúbal sería la postal que inmortalizo la despedida. Bárbara lo seguiría con la mirada hasta que se lo trago el monte.

“– ¡Sálvame! ¡Llévame contigo! –iba a decirle, cuando vio que el capitán se les acercaba.

Traía un rifle, y dijo, dirigiéndose a Asdrúbal:

-Bueno, joven. Ya usted ha conversado bastante. Ahora vamos para que haga algo más productivo. El Sapo va a buscar una poca de sarrapia que deben de tenernos por aquí y usted lo va a acompañar. -Y poniéndole el rifle en las manos-: Esto es para que se defienda si los atacan los indios.

Asdrúbal meditó un instante. ¿Habría oído el capitán lo que él acababa de decirle a la muchacha? ¿Esta comisión que ahora le daba?... En todo caso, había que afrontar la situación.

Al ir a ponerse de pie, Barbarita trató de detenerlo dirigiéndole una mirada de súplica; pero él le hizo una rápida guiñada de ojos y levantándose decidido, abandonó el campamento en pos de El Sapo. Era éste el segundo de a bordo, mano derecha del capitán para cuantas fuesen comisiones siniestras, y Asdrúbal lo sabía; pero irremisiblemente perdido estaba, desde luego, si demostraba miedo y se resistía a cumplir la orden recibida. Al menos llevaba un rifle y contra un hombre solamente, mientras que allí eran cinco contra él. Barbarita lo siguió con la mirada y, durante un buen rato, sus ojos permanecieron fijos en el boquete del monte por donde desapareció.

Barbarita, como se diese cuenta también de las siniestras intenciones del taita, miró a los rebeldes como a sus salvadores y corrió hacia ellos; mas, al advertir cómo la miraban, se detuvo, con el corazón helado por el terror, y maquinalmente tornó al sitio donde la dejara Asdrúbal". (Gallegos, 1951, págs. 26-27)

La hora menguada

Aquella hora mezquina, marcada por la agorera ave, selló la muerte de Asdrúbal -no volvió- y allí mismo murió lo esencial de Barbarita y daría paso a los cambios de piel que la acompañaron hasta desaparecer.

“De pronto cantó el «yacabó», campanadas funerales en el silencio desolador del crepúsculo de la selva, que hielan el corazón del viajero.

–Ya-cabó... Ya-cabó...

¿Fue el canto agorero del ave o el propio gemido mortal de Asdrúbal? ¿Fue la descarga repentina de la prolongada tensión nerviosa, o la sideración, misteriosamente transmitida a distancia, de un golpe mortal que en aquel momento recibía otro cuerpo: el tajo de El Sapo en el cuello de Asdrúbal?

Ella sólo recordaba que había caído de bruces, derribada por una conmoción subitánea y lanzando un grito que le desgarró la garganta.

Lo demás sucedió sin que ella se diese cuenta, y fue: el estallido de la rebelión, la muerte del capitán y en seguida la de El Sapo, que había regresado solo al campamento, y el festín de su doncellez para los vengadores de Asdrúbal.

Cuando, ahogándose en la sofocación de la carrera, el viejo Eustaquio llegó en su auxilio al grito lanzado por ella, ya todos estaban hartos, y uno decía:

–Ahora podemos vendérsela al turco, aunque sea por las veinte onzas que ofreció enantes”. (Gallegos, 1951, pág. 28)

Gallegos da cuenta de lo frágil y efímero que resultó estos destellos del primer amor, sin embargo, el tiempo se encargó en cada mudanza de piel recobrar para la memoria, la presencia de Asdrúbal.

“Algo semejante ha acontecido en la vida de Barbarita. El amor de Asdrúbal fue un vuelo breve, un aletazo apenas, a los destellos del primer sentimiento puro que se albergó en su corazón, brutalmente apagados para siempre por la violencia de los

hombres, cazadores de placer”. (Gallegos, 1951, págs. 28-29)

Fuego maligno

El ardor que excito los sentimientos de Barbarita avivaron una sombría hoguera. Su corazón ya no albergaba otro sentimiento que la maldad. Un ceño duro y tenaz le surcaba la frente, un fuego maligno le brillaba en los ojos. Así lo dibujo Gallegos.

De sus manos la rescató aquella noche Eustaquio – viejo indio baniba⁷ que servía de piloto en la piragua, sólo por estar cerca de la hija de aquella mujer de su tribu, que, a la hora de sucumbir a los crueles tratos del capitán, le recomendó que no le abandonase a la guaricha–; pero ni el tiempo, ni la quieta existencia de la rancharía donde se refugiaron, ni el apacible fatalismo que el son de los tristes yapureros removía por instantes en su alma india, habían logrado aplacar la sombría tormenta de su corazón: un ceño duro y tenaz le surcaba la frente, un fuego maligno le brillaba en los ojos. (Gallegos, 1951, pág. 29)

En fin, tal como la guaricha, un día lo fue, otro día fue Barbarita y finalmente, ya hecha una mujer fuerte se hizo la Doña, el amor, ese sentimiento escurridizo que le acompañó resultó una paradoja: Dentro de esa piragua, navegaron ocho almas. Cada una de ellas simboliza la condición humana. Un taita vil, El sapo, la maldad al servicio de la barbarie. Eustaquio, indio Baniba fiel a su palabra -le cumplió a la madre de Barbarita-. Las tres bogas representan la más cruel de las ignominias, La violación. Barbarita, la inocencia mancillada y Asdrúbal, aquel instrumento de Cupido.

⁷ Los Baniba, Baniva o Baniwa son un pueblo indígena que habita en la cuenca del río Isana, en las fronteras entre Brasil, Venezuela y Colombia. Habla una lengua de la familia lingüística Arawak, estrechamente relacionada con el idioma kurripako de mucha presencia en el río Orinoco.

Vuelta a la ternura

¡Por fin el amor de Asdrúbal, pura sombra errante a través del alma tenebrosa, se reposaba en un sentimiento noble! Con esta frase Gallegos despierta el amor materno y sucumbe ante el recuerdo de Asdrúbal.

“Así llegó hasta las fundaciones de Altamira. Al favor de la obscuridad de la noche se acercó a la casa, y por la puerta que daba al corredor delantero vio a Luzardo sentado a la mesa con Marisela.

Ya habían concluido de comer; él hablaba y ella escuchaba, mirándolo embelesada, los codos sobre la mesa, las mejillas entre las manos.

Doña Bárbara avanzó hasta el alcance de un tiro de revólver. Detuvo el caballo. Despacio y con fruición asesina, sacó el arma de la cañonera de la montura y apuntó al pecho de la hija, que hacía blanco a la luz de la lámpara.

De pura luz de estrellas era la chispa que brillaba en la mira, entre la tiniebla alevosa, ayudando al ojo torvo a buscar el corazón de Marisela; mas, como si en aquel diminuto destello gravitara todo el peso del astro de donde irradiaba, el arma bajó sin haber disparado, y lentamente volvió a la cañonera de la montura. Puesto el ojo en la mira que apuntaba al corazón de la muchacha embelesada, doña Bárbara se había visto de pronto a sí misma bañada en el resplandor de una hoguera que ardía en una playa desierta y salvaje, pendiente de las palabras de Asdrúbal, y el doloroso recuerdo le amansó la fiera.
(Gallegos, 1951, págs. 327-328)

Un atisbo de ternura, de la inocencia perdida se dejó ver en la espesura de un alma malograda por la violencia.

Se quedó contemplando largo rato a la hija feliz, y aquella ansia de formas nuevas que tanto la había atormentado tomó cuerpo en una emoción maternal, desconocida para su corazón. –Es tuyo. Que te haga feliz.” (Gallegos, 1951, págs. 327-328)

La ultima mudanza

Gallegos dibuja un último cambio de piel en Doña Bárbara, una última mudanza entregando sus obras, sin embargo, ya se estaba librando una batalla entre lo que fue y lo que era.

“Aquella noche no estuvo la luz encendida en el cuarto de las entrevistas con «el Socio», pero cuando doña Bárbara salió al patio, Juan Primito y los dos peones que la habían escoltado en el viaje a San Fernando –aquellos que habían dado muerte a Balbino, los únicos todavía fieles– no la conocieron. Había envejecido en una noche, tenía la faz cavada por las huellas del insomnio, pero mostraba también, impresa en el rostro y en la mirada, la calma trágica de las determinaciones supremas. Pero como era cosa sabida que tenía mucho oro enterrado, y de esto nada decía la carta, y, además, en el cuarto de las brujerías se encontraron señales de desenterramientos, a la presunción de suicidio se opuso la de simple desaparición, y se habló mucho de aquel bongo que, navegando de noche, ya eran varias las personas que lo habían sentido pasar, Arauca abajo” (Gallegos, 1951, pág. 328).

Fin del propósito

Tal como se planteó, la primera intención está en descubrir esa palabra o palabras que articulan la ficción con la realidad, pero no solo eso, en cada oposición expuesta hay una palabra secreta. Ante Civilización-Barbarie, Gallegos deja la palabra educación, con los gestos de Asdrúbal con Barbarita y Santos Luzardo con

Marisela. Ante, Justicia-Injusticia, deja igualdad de oportunidades cuando Doña Bárbara entrega sus obras. Ante, Paz-Guerra, deja el entendimiento. Ante, Amor-odio, deja que domine la ternura del primer amor dibujado en el primer amor de Barbarita y el primer amor de Marisela. Ante, Ciudad-campo, deja civilidad. Cada palabra servirá de bisagra –esa palabra secreta- para articular una singular cohabitación en un mundo tan inhóspito para la inocencia, tanto en el tiempo de Gallegos, como en el de hoy.

Bibliografía

Gallegos, R. (1951). Novelas escogidas. En R. Gallegos, *Doña Barbara* (pág. 1497). Madrid, España: Aguilar, S.A de Ediciones.

Nacional, E. (11 de Enero de 2018). Rómulo Gallegos fue considerado para el Nobel de Literatura en 1967. *Diario El Nacional*. Recuperado el 3 de Marzo de 2021, de https://www.elnacional.com/galeria/libros/romulo-gallegos-fue-considerado-para-nobel-literatura-1967_218237/